



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Trabajo Final de Grado

Monografía

**Una mirada psicoanalítica sobre el cuerpo del
niño en la actualidad**

Estudiante: Verónica Fernanda Araújo Díaz.

C.I: 4.989.408-8.

Tutora: Prof. Adj. Mag. Gabriela Bruno Cámares.

Julio 2018

Montevideo, Uruguay.

-Índice-

Capítulo	Página
Resumen.....	1
Introducción.....	2
1. El cuerpo desde el Psicoanálisis.....	4
1.1. Cuerpo erógeno, cuerpo libidinal.....	7
1.2. El cuerpo en lo real, en lo imaginario y en lo simbólico.....	9
1.3. Esquema corporal y la Imagen del cuerpo.....	11
2. El cuerpo en la niñez	
2.1. La importancia de los primeros vínculos.....	13
2.2. El cuerpo como lugar de inscripción de la palabra.....	16
2.3. La construcción del cuerpo a partir del desarrollo psicosexual.....	18
3. El cuerpo del niño en la actualidad.....	24
3.1. Entre el cuerpo en movimiento y el cuerpo inmóvil.....	27
Conclusiones.....	32
Referencias Bibliográficas.....	34

-Resumen-

En el presente trabajo final de grado se ofrecen algunas reflexiones sobre el cuerpo del niño en la actualidad desde una mirada psicoanalítica. Para esto, en un primer momento se realiza un recorrido por determinados aportes que han elaborado autores en el ámbito psicoanalítico como: Sigmund Freud, Jaques Lacan, Didier Anzieu y Françoise Dolto en relación al cuerpo, al tiempo que se abordan algunos conceptos freudianos claves como el de pulsión y libido; con el fin de lograr un acercamiento a cómo ha sido entendido el cuerpo desde el psicoanálisis.

A continuación, desde este marco teórico, se plantea cómo se construye el cuerpo del niño en el marco de las relaciones libidinales y afectivas que establece con el adulto que se encarga de su cuidado, poniendo énfasis en la importancia que adquiere la palabra, la mirada y el sostén físico que ofrece este último en dicha construcción.

Luego se desarrollan y problematizan algunas características del contexto socio-histórico-cultural en el que vivimos, pensando cómo repercute el mismo en el cuerpo del pequeño, considerando a este último como posible camino que encuentra el niño para manifestar su malestar o sufrimiento en estos tiempos.

Palabras claves: *Psicoanálisis; Cuerpo; Niño; Actualidad.*

-Introducción-

Definir el cuerpo presenta una inevitable complejidad, debido a que el mismo puede ser entendido de formas distintas según las diferentes disciplinas científicas e incluso dentro de las diversas corrientes psicológicas existentes.

En este caso, a través de este trabajo se pretende dar cuenta de cómo ha sido entendido el cuerpo desde el psicoanálisis; accediendo a la vez a conceptualizaciones que se han producido desde esta línea teórica sobre el cuerpo del niño.

De este modo, y frente al importante valor clínico que posee el cuerpo en el trabajo con niños, en tanto lugar que encuentran los mismos para manifestar su padecer; surge la inquietud de preguntarse lo siguiente, ¿cuáles pueden ser algunos de los efectos del contexto socio-histórico-cultural actual en el cuerpo del niño? Para esto, considero pertinente conceptualizar el tiempo histórico en el que vivimos y las características de esta época, tratando de pensar en los discursos imperantes a los que está sujeto el niño y su cuerpo.

En virtud de esto, el presente trabajo monográfico se divide en tres grandes capítulos. El primero consta de una revisión teórica sobre determinados aportes que han elaborado algunos autores en el ámbito psicoanalítico como: Sigmund Freud, Jaques Lacan, Didier Anzieu y Françoise Dolto en relación al cuerpo, permitiéndonos realizar un acercamiento a cómo ha sido entendido el mismo desde el psicoanálisis. A continuación, en el primer punto de este capítulo, se exponen algunos conceptos freudianos claves como el de pulsión y libido que nos ayudarán a comprender al cuerpo erógeno. En el segundo punto se describen algunas dimensiones que atraviesan el cuerpo, basándonos principalmente en los tres registros propuestos por la teoría lacaniana: lo real, lo imaginario y lo simbólico. En el último punto del primer capítulo se define esquema corporal e imagen del cuerpo y se exponen las principales diferencias entre ambas nociones, al tiempo que se intenta identificar las complejas relaciones que se establecen entre ellas.

En el segundo capítulo del trabajo, a través del primer punto, se describe cómo se va construyendo el cuerpo del niño mediante los cuidados corporales que ofrece el adulto y las relaciones libidinales que establece con el pequeño. Al introducir el segundo punto de este capítulo se expone cómo la palabra del Otro se inscribe en el cuerpo del niño y produce efectos, tomando para el desarrollo de esta parte aportes principalmente lacanianos. Finalmente, en el último punto se mencionan algunas generalidades del desarrollo psicosexual del niño.

A través de estos dos grandes capítulos se desarrollan nociones y conceptos psicoanalíticos que permiten comprender el cuerpo del niño, para así poder pensarlo en la actualidad.

De esta manera, en el tercer capítulo del trabajo se comienza exponiendo algunas características de los tiempos posmodernos en los que vivimos, pensando no sólo al niño atravesado por las lógicas y discursos imperantes de esta época, sino también al adulto que se encarga de su cuidado. Se plantea en el punto final del presente capítulo cómo esto puede generar efectos en el cuerpo del niño, considerando además la posibilidad de que este último encuentre a través del cuerpo un posible camino para manifestar su malestar o sufrimiento.

Considero que profundizar en la concepción de cuerpo para el psicoanálisis y comprender cómo a través de éste se puede expresar el malestar del niño, permite a la vez dar cuenta, a partir del trabajo de lectura de autores contemporáneos, que el movimiento o no-movimiento del niño en la actualidad siempre deberá ser entendido como una producción subjetiva del pequeño.

Capítulo 1

-El cuerpo desde el Psicoanálisis-

En este apartado propongo realizar un primer acercamiento a determinados aportes que han elaborado algunos autores en el ámbito psicoanalítico tales como: Sigmund Freud, Jacques Lacan, Didier Anzieu y Françoise Dolto sobre esta compleja entidad llamada cuerpo. Los mismos han desarrollado ideas y conceptos fundamentales que permitirán comprender al cuerpo desde el psicoanálisis. Es así que pretendo revisar a lo largo de éste capítulo: los enigmáticos síntomas histéricos, la relación existente entre el Yo y el cuerpo, la función y envoltura del Yo-Piel, la Imagen Inconsciente del cuerpo y el importante papel que adquiere el Estadio del espejo en la constitución de la misma.¹

Freud a través de sus estudios desarrollados sobre la histeria (1893/1976), fue uno de los primeros autores en pensar e interrogarse sobre la relación existente entre las manifestaciones físicas que presentaban las histéricas y el correlato psíquico de estas exteriorizaciones.

De esta manera se observa que tempranamente, en las investigaciones que realiza junto al doctor Josef Breuer (1893/1976) sobre las parálisis histéricas, intenta buscar significaciones psíquicas a estas manifestaciones corporales, entendiéndolas como expresiones sintomáticas de una enfermedad que excedía cualquier afección orgánica. Fue justamente el estudio de los síntomas presentados por estas pacientes lo que le permitió a Freud comprender la etiología de dicha enfermedad. Descubrió así que las causas de estos síntomas corporales estaban asociados a determinados eventos o sucesos traumáticos vividos por la paciente en su pasado; de manera que ésta última no podía recordar, ni hablar de los mismos a no ser por medio del método hipnótico-catártico (abstraída de su estado de consciencia).

Freud (1893/1976) se empezó a preguntar sobre la razón por la cual el paciente no recordaba estos sucesos ni el afecto asociado a ellos en estado de consciencia. Así, es que descubre que las representaciones de esas vivencias penosas solo se encontraban presentes en la memoria del hipnotizado, teniendo el acceso bloqueado a la memoria del enfermo en estado normal. Es decir, el afecto intenso asociado a esa vivencia habría sido sofocado, impidiendo de esta manera el acceso al pensar consciente, buscando alguna vía de manifestación, encontrando en el cuerpo un posible camino. Tras estos aportes, afirma que existe una escisión de la consciencia y que entre las mismas actuaría una defensa, un

¹ Cabe aclarar que el concepto de Pulsión trabajado por Freud en varias de sus obras atraviesa de alguna manera todas estas nociones; sin embargo el mismo será abordado en el próximo punto de este capítulo.

mecanismo psíquico que más tarde denominará represión. Éste último sería responsable de impedir que determinadas vivencias debido a la intensidad del afecto asociado a ellas sean recordadas por el paciente, se hagan conscientes (Freud, 1893/1976).

En este sentido, el trabajo con pacientes histéricas le permite exponer que la relación entre el síntoma físico que presentaban y el suceso traumático que lo ocasionaba no era aleatoria, como bien lo enuncia Freud (1893/1976): “Hemos estudiado enfermos que solían hacer el más amplio uso de una simbolización” (p. 31). Vemos así los esbozos de un cuerpo que es cómplice de esta *double conscience*; observándose también que la noción que el sujeto tiene de su propio cuerpo se relaciona íntimamente con las representaciones psíquicas que éste realiza sobre el mismo. Por consiguiente, el cuerpo aparece construido por medio de representaciones e ideas, visualizando que la anatomía del sistema nervioso es independiente del mismo (Freud, 1893/1976).

De esta forma, considero que la importancia de los aportes de Freud en estos primeros escritos sobre la histeria reside en atribuirle al cuerpo un valor de importancia clínica, interrogándose sobre el lugar que ocupa el mismo en la trama histórica singular de cada sujeto.

Por otro lado, siguiendo con sus contribuciones teóricas pero adelantándonos un poco en su obra, vemos como Freud (1923/1984) al escribir *El yo y el ello* agrega una nueva consideración sobre el cuerpo. Allí reconoce la estrecha relación existente entre el yo y el cuerpo, enunciando que “El yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es sólo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie” (p. 27). En consonancia con lo anterior, agrega una nota al pie de página en la edición inglesa de 1927 enunciando lo siguiente:

O sea que el yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo. Cabe considerarlo, entonces, como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar, como se ha visto antes, la superficie del aparato psíquico. (Freud, 1923/1984, pp. 27-28)

De esta manera, a través de estas conceptualizaciones se podrá ir identificando una relación fundante entre el adentro y el afuera, entre lo interno y lo externo, entre superficie corporal y proyección psíquica.

En esta línea, será el psicoanalista francés Didier Anzieu quien más tarde en su libro *El Yo-Piel* (1987) nos permitirá pensar la piel como envoltura del cuerpo, así como también la importante relación y función que establece la primera con el yo; considerando a éste último como envoltura del aparato psíquico. De este modo el autor expone que la primera experiencia de contacto del bebé con el mundo externo y con sus necesidades biológicas más básicas, suele ser caótica y desorganizante para el mismo; demandando la presencia de un otro adulto que pueda atenderlo, contenerlo y satisfacerlo. Así,

El *infans* adquiere la percepción de la piel como superficie por las experiencias de contacto de su cuerpo con el cuerpo de la madre (...) Es decir, que estas primeras experiencias corporales, le permitirán al niño representarse a sí mismo como Yo continente de los contenidos psíquicos. (Anzieu, 1987, pp. 49-51)

En este sentido, se puede observar que las nociones de frontera, límite y continente se vinculan al concepto del Yo-piel que expone Anzieu, viendo también como superficie corporal y el desarrollo del Yo se relacionan. Esto último permite pensar cómo toda experiencia corporal tiene su anclaje en lo psíquico.

Por otra parte, otro aporte valioso en el ámbito psicoanalítico que contribuye a seguir problematizando la noción de cuerpo, lo constituyen las elaboraciones teórico-clínicas de la psicoanalista Françoise Dolto (1986) sobre la imagen inconsciente del cuerpo; noción que surge a partir del trabajo clínico que desarrolla con niños. Justamente mediante el estudio de los dibujos y el modelado que realizan los mismos encuentra las principales herramientas para decodificar dicha imagen en los niños. Es así, que en el libro que escribe en co-autoría con Juan David Nasio (1987) titulado *El niño del espejo: el trabajo psicoterapéutico* define a la imagen inconsciente del cuerpo como esa imagen arcaica del cuerpo que se asienta en el narcisismo. Es decir, esta última tiene sus orígenes en esa primera relación que establece el bebé con un otro que lo libidiniza y lo toma como único y total objeto de amor. De esta forma, la imagen del cuerpo es entendida como una imagen de base que le permite al sujeto aprehender su yo, de manera que le “asegura la sensación de mismidad, de continuidad del ser” (Nasio, 2001, p.164); imagen que inevitablemente se conforma en relación con otro.

Igualmente cabe aclarar que la imagen del cuerpo según Dolto (1986) pasa a ser inconsciente solo después de que el niño ha atravesado la prueba del espejo. Es decir, la autora considera que el niño tiene una determinada imagen de su cuerpo, completa, continua, surgida de las vivencias relaciones y afectivas que establece con un adulto

significativo. De esta forma, al enfrentarse a la imagen visual fragmentada y consecuentemente distinta que le devuelve el espejo, lo transita como una experiencia dolorosa, como una verdadera castración; de manera que si no es acompañado por alguien que mediatice esta experiencia le genera gran sufrimiento.

El niño confirma ante esto que la imagen que tenía de sí mismo era insuficiente ya que no coincide con la imagen espejada. Es en este momento que la imagen del cuerpo se hace inconsciente.

Como bien lo enuncia Nasio (2001) tomando como referencia a Dolto, esta imagen no se pierde ni es rechazada, sino que a partir de esta prueba especular permanece inhibida. Sin embargo: “cuando está en peligro –porque los vínculos con los demás que la constituyen se deterioran sin que sepamos por qué– algo se revela a través del cuerpo. Entonces es nuestro cuerpo quien habla. Habla, a través de metáforas” (p. 165).

Por otro lado resulta pertinente aclarar que a diferencia de su discípula Dolto, para Jacques Lacan (1972) la imagen reflejada en el espejo supone ser una imagen continua, unificada, tal como lo desarrolla en su obra *El estadio del espejo como formador de la función del yo*. En este sentido, Lacan considera que existe un cuerpo real infantil que resulta desorganizado e inmaduro biológicamente. No obstante, expone que será la imagen especular la que le permitirá al niño considerar las distintas partes de su cuerpo como partes que conforman una unidad, una *imago*; identificándose de esta manera con esa imagen al tiempo que es asumida con un júbilo muy grande. De esta forma, como lo manifiestan Dolto & Nasio (1987), la imagen especular del estadio del espejo que propone Lacan “anticipa a nivel imaginario la unidad más tardía del yo [Je] simbólico” (p. 49).

Por lo tanto, vemos como cuerpo e imagen se van construyendo y resultan ser precursores de la formación del yo; reconociendo igualmente que esa *Gestalt*, esa imagen reflejada será constituyente más que constituída, admitiendo así la inevitable condición enajenante de esta identificación (Lacan, 1972).

Considero que realizar este breve recorrido sobre los aportes de estos diferentes autores nos permite comenzar a pensar y comprender al cuerpo desde el psicoanálisis.

1.1 Cuerpo erógeno, cuerpo libidinal.

Freud en 1905 publica *Tres ensayos de teoría sexual*, en plena época Victoriana y comienza diciendo que “la existencia de una pulsión sexual en la infancia posee el carácter

de una ley” (p. 157). Plantea la idea de un cuerpo que desde la infancia resulta vestido o revestido de sexualidad, en donde la pulsión sexual le permite constituirse como cuerpo libidinal. Esto sin duda provoca gran asombro en la sociedad de la época.

En esta obra Freud menciona por primera vez a la pulsión como tal; y en una nota agregada al pie de página en el año 1915 añade y la define como “la agencia representante psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir (...) uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal” (p. 153).

En este mismo tiempo escribe *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915/1984), donde en concordancia con esa conceptualización la define como “un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma” (p. 117). Cabe aclarar que en estas teorizaciones que realiza Freud sobre la pulsión la misma es entendida como un representante psíquico de fuerzas interiores del cuerpo, aspecto que en otros artículos modificará introduciendo la diferenciación entre la pulsión y su representante psíquico (Freud, 1915/1979).

Sin embargo, lo que me interesa resaltar de la conceptualización de pulsión citada en el texto de *Pulsiones y destinos de pulsión*, es la noción de frontera que se establece entre lo anímico y lo somático. Desde este lugar la pulsión es entendida como una fuerza constante, que empuja desde adentro del cuerpo y de la cual no se puede huir, escapar. Muchas veces su incoercibilidad tiene correlato en el cuerpo, quien permanece susceptible a cualquier variación de esta fuerza.

Según Freud (1915/1984), la pulsión tiende a buscar la disminución de la carga energética que la caracteriza en miras de lograr la satisfacción a través de la descarga; esto último justamente constituye su meta. Esto permite reconocer que la actividad del aparato psíquico está regulada por el principio de placer, lo que remite a la ineludible idea de que somos seres pulsionales, gobernados por mociones libidinales, somos cuerpos en movimiento.

En relación al concepto de libido, se constata que Freud en 1915 agrega una sección a los *Tres ensayos* (1905/1978) la cual denomina “La teoría de la libido”, donde la define a ésta última como expresión de la pulsión sexual; es decir, como fuerza, energía capaz de adoptar variaciones cuantitativas, teniendo la particularidad de investir objetos y/o volcarse sobre el yo (sobre sí mismo).² Por lo tanto, esta energía libidinosa puede ser distribuida, desplazada, quitada de los objetos o concentrada en ellos, hasta el punto de quedar fijada en los mismos; vicisitudes de una energía que guía al sujeto (Freud, 1905/1978).

² Estos aportes que agrega Freud en 1915 se basan en gran medida en su obra *Introducción al narcisismo* (1914).

La pulsión tiene una característica particular y la constituye el hecho que no posee un objeto pre-establecido ni fijo con el cual alcanza su satisfacción. Como revela Freud (1915/1984), a veces puede ser un objeto ajeno, a veces partes del propio cuerpo; es así que el objeto resulta ser lo más contingente en la pulsión.

En este sentido, Luis Campalans (2006) manifiesta que no existe objeto predeterminado para la satisfacción en el campo de lo humano y el sujeto freudiano se constituye en falta “pues ese objeto queda por fuera de la escena del mundo (...) y en virtud de esa falta en ser adviene como *sujeto del deseo* aspirando a su imposible recubrimiento. Sujeto sin objeto natural que lo complementa” (p. 163).

1.2 El cuerpo en lo real, en lo imaginario y en lo simbólico.

En este apartado se expondrán algunas dimensiones que atraviesan el cuerpo considerando la división que establece Nasio (2008) en su libro *Mi cuerpo y sus imágenes*, basándose en los aportes de Lacan.³

Para esto, se podría comenzar a pensar en el cuerpo y la imagen; en la fantasía que toma cuerpo así como también en la imagen que puede llegar hacer cuerpo. De esta manera se evidenciaría la complejidad desde la que nace y se constituye este último, destacando las varias dimensiones que lo atraviesan. En un sentido metafórico podríamos decir que es un cuerpo contruido desde esta diversidad de melodías que lo componen, considerando pertinente llamarlo cuerpo polifónico.

Pero entonces, ¿existiría un cuerpo real?, ¿cuál sería? De acuerdo con Nasio (2008) el cuerpo real no sería el cuerpo orgánico, medible, controlable que se encargan de estudiar las ciencias biomédicas; ya que se trataría de un cuerpo inasequible, que no se puede simbolizar, ex – tenso e inabarcable a través de la razón. Es decir, para el autor este cuerpo referiría al cuerpo sentido, de las sensaciones físicas, desde el cual se aporta material con el que se construyen las fantasías y los sueños. Aunque asimismo este cuerpo real sería a la vez cuerpo de deseo debido a su inherente condición erógena donde el placer ocupa un lugar primordial.

Por otra parte, el autor enuncia que el cuerpo real también es cuerpo de goce, capaz de sostener tensiones que resultan extremas y que inevitablemente le generan un desgaste.

³ Principalmente en los tres registros que propone Lacan: lo real, lo imaginario y lo simbólico.

Por lo tanto, Nasio (2008) afirma que si se pensara en la estructura de la imagen mental de nuestro cuerpo real sería:

Una superficie acribillada de impactos, una superficie en mosaico, en la que cada pieza es una microimagen que refleja una impresión sensorial indecible, un aspecto de la zona corporal afectada y, a menudo, un detalle de las circunstancias de la experiencia. (p. 79)

De todos modos, así como existe un cuerpo “sentido” inabarcable en su dimensión real también existe un cuerpo imaginario, que según el autor sería aquel que vemos cuando nos miramos en el espejo. Pero el mismo aclara que no nos vemos en un sentido físico restringido, sino que es una imagen especular que se refleja en el espejo, por fuera de nosotros, que nos puede mostrar una imagen encantadora o decepcionante de lo que somos.

Entonces, hasta el momento se ha ahondado en la idea del cuerpo real inaprensible y en la del cuerpo imaginario que es mirado, por lo que faltaría referirse al cuerpo simbólico. Para comenzar hablar del cuerpo en su dimensión simbólica, Nasio (2008) considera pertinente exponer qué entiende Lacan por la palabra “símbolo”. Desde este lugar explica que el símbolo poseería la particularidad de representar algo en su ausencia, teniendo el poder “no sólo de sustituir la realidad sino también, y sobre todo, de modificarla o incluso de engendrarla. Ahora bien, cuando un símbolo, entidad eminentemente formal y abstracta, produce efectos en la realidad, Lacan lo llama *significante*” (Nasio, 2008, p. 94).

Por lo tanto, según lo expuesto, Nasio manifiesta que el cuerpo simbólico es un cuerpo que muestra algo, que vehiculiza un mensaje enigmático y es significativo tras generar efectos, generar realidad allí donde antes no lo había.

En relación a lo desarrollado, considero que así vamos significando, encarnando un cuerpo, que nos sirve o si se prefiere decir auspicio de apoyo simbólico para representar o mostrar un mensaje, una verdad del sujeto. De este modo, coincidiría con Nasio (2008) cuando afirma que el cuerpo sería un símbolo en sí mismo que se metaforizaría constantemente.

De todas formas pienso que frecuentemente no se logra leer el cuerpo desde este lugar, olvidando escuchar el mensaje detrás de lo representado. Esto muchas veces lleva

⁴ Aquí Nasio (2008) considera la Imagen especular tal como la entiende Lacan en tanto “imagen instantánea del cuerpo, capturado de una vez y como un todo (*Gestalt*)” (p. 81).

por ejemplo a reducir la complejidad de cualquier manifestación corporal del sujeto a una categorización nominativa (basado muchas veces en manuales estadísticos y diagnósticos), sin lograr comprender lo que nos muestra el sujeto a través de su cuerpo simbólico.

1.3 Esquema corporal y la Imagen del cuerpo.

En esta parte del trabajo considero importante plantear la diferencia pero al mismo tiempo el punto de contacto entre las nociones de esquema corporal e imagen del cuerpo. Es interesante comenzar exponiendo que en ambos casos se trata de representaciones del cuerpo; sin embargo, estas representaciones son cualitativamente distintas. Tal como lo expone Nasio (2001) siguiendo las conceptualizaciones de Dolto:

El esquema corporal es una mentalización del cuerpo que se estructura a partir del cuerpo biológico, material y objetivable. Está relacionado con la localización de las sensaciones. Es un proceso neurológico que nos da información referente al lugar de recepción de una sensación. (p. 154)

De esta manera, si se observara un correcto funcionamiento del organismo se podría enunciar que existiría un esquema corporal sano; de forma que alguna lesión orgánica o enfermedad congénita podría afectar consecuentemente al mismo. Sin embargo, el esquema corporal no es algo que se estructure de una vez y permanezca invariable, sino que como bien lo enuncia Levin (1991) se irá construyendo a través del desarrollo psicomotor del individuo.

En concordancia con lo anterior, se podría decir que el esquema corporal es una representación del cuerpo relacionada al cuerpo estrictamente biológico-material, siendo común a todos los individuos de nuestra misma especie más allá de las variaciones evolutivas en el tiempo y en el espacio que puedan existir (Dolto, 1986). Desde este lugar, se entiende que todo organismo sano a través de sus sentidos y percepciones físicas es capaz de registrar la realidad objetivable y representar un esquema de su cuerpo.

Considero que en este último punto reside la principal diferencia con la noción de imagen del cuerpo, ya que la misma no es una representación sobre la anatomía del cuerpo biológico; sino que se trata de una representación compleja que nos remite a el lugar que ocupa el cuerpo en una trama histórica, relacional y efectiva que lo atraviesa. Es decir, la

imagen del cuerpo va surgiendo en la relación con otro, se va construyendo sólo en esa relación que le da existencia (Dolto, 1986). De este modo, las experiencias afectivas y emocionales transitadas por el sujeto irán estructurando y se presentificarán de cierta manera en la imagen del cuerpo que el mismo construya sobre sí mismo.

Por lo tanto, a diferencia del esquema corporal, la imagen del cuerpo nos hace diferentes de otros sujetos ya que se construye en base a las vicisitudes de las relaciones interhumanas establecidas por cada uno y “el recorrido libidinal que esquematizó el Otro en el cuerpo” (Levin, 1991, p. 65). Sin duda esta imagen nos habla de y desde una singularidad.

Por su parte, Dolto (1986) encuentra en el dibujo y el modelado que realizan los niños en el trabajo clínico que establece con ellos la vía regia de acceso a esta imagen. Sin embargo, plantea que no es posible descifrarla excluyendo “las verbalizaciones del niño, quien antropomorfiza, da vida a las diferentes partes de sus dibujos” (p. 9). Es así que cada producción tiene claramente identificado un autor, ya que éste a través de las mismas representa simbólicamente los vaivenes de su historia libidinal y afectiva, lo que permite que nos muestre cierta imagen de su cuerpo y no otra. “Estas producciones del niño son pues, auténticos fantasmas representados; desde las que se pueden descifrar las estructuras del inconsciente” (Dolto, 1986, p. 9).

Hasta este momento me he centrado principalmente en describir las diferencias entre esquema corporal e imagen del cuerpo, pero como bien explicaba al principio del capítulo existen puntos de contacto entre estas dos nociones. Las mismas no siempre funcionan de manera independiente sino que por lo contrario, entre ambas representaciones se establecen complejas relaciones. Entonces, es interesante comenzar preguntando: ¿Un esquema corporal sano necesariamente se relaciona con una Imagen del cuerpo sana? Siguiendo los ejemplos clínicos que desarrollan tanto Dolto (1986) como Levin (1991) se podría responder que esto no necesariamente siempre es así. Es decir, puede existir un esquema corporal sano cargado de imágenes del cuerpo patógenas o así también un esquema corporal invalidado que convive con una imagen del cuerpo sana. Este último ejemplo evidenciaría la independencia entre ambas representaciones. Sin embargo en el primer caso como lo enuncia Dolto (1987), puede que una imagen del cuerpo perturbada afecte o invalide el esquema corporal, evidenciándose así la repercusión de una sobre la otra.

A modo de comprender mejor lo descrito sería pertinente exponer lo que plantea Levin (1991) que ocurriría en niños con autismo. En este caso particular el autor manifiesta que podría existir un esquema corporal perturbado, pero no necesariamente por una lesión

orgánica que provocó una falla en el mismo, “sino por la ausencia, la carencia de ese Otro que no inscribió, no contorneó ese cuerpo, no generó deseo, imágenes” (Levin, 1991, p. 67). Esto último evidenciaría la importancia de un Otro que a través de la mirada, la palabra y la respuesta a una demanda donde ponga en juego su deseo, no solo habilite la construcción de una imagen del cuerpo en el niño, sino que también mediante estas acciones le permita devenir como sujeto.

Capítulo 2

-El cuerpo en la niñez-

2.1 La Importancia de los primeros vínculos.

Al referirme a los primeros momentos de vida del sujeto, considero fundamental reconocer la vulnerabilidad y dependencia que posee el bebé frente a un otro humano en este tiempo. En este sentido, Bleichmar (1978) expone que el mismo al nacer se encuentra indefenso ya que presenta un estado anatómico prematuro que no le permite valerse por sí solo, requiriendo de una persona que se encargue de su cuidado. El bebé se encuentra en un mundo que no solo le resulta desconocido sino también peligroso. Es decir, la autora plantea que el mundo externo es percibido por el pequeño como un conjunto de estímulos que lo invaden y promueven su excitación; al igual que desde su interior percibe una sensación de displacer que genera una tensión en todo su organismo, ante la urgencia de satisfacer necesidades que en un principio son exclusivamente biológicas, pero que más tarde pasan a ser de otro orden.

De esta manera el bebé resulta abrumado frente a estos estímulos externos e internos los cuales no logra significarlos ni diferenciarlos, debido principalmente al hecho que en estos momentos se observa una indiferenciación por parte del mismo entre el adentro-afuera entre yo-no yo (Bleichmar, 1978).

Así se identifica poco a poco la demanda de la presencia de un adulto que pueda como bien lo enuncia Bion (1977) ofrecerle al niño un aparato para pensar los pensamientos. Es decir, este adulto asumiría una función continente dándole acogida a estos estímulos que abrumen el psiquismo del niño, tratando de significarlos para así devolvérselos metabolizados. Esto sin duda haría parte de la función de *réverie* que desarrolla Bion (1988), que caracteriza a la función materna. Cabe aclarar que esta última función puede ser asumida por cualquier persona que se encargue de los cuidados

biológicos primordiales del niño, así como de los cuidados afectivos que el mismo demanda. Por lo tanto, a partir de este momento cuando utilice el término madre no me estaré refiriendo necesariamente a la madre biológica, sino a cualquier persona que ocupe esta función materna en la vida del niño.

En esta misma línea Winnicott (1972) manifiesta que al inicio de la vida del bebé debe existir una madre lo suficientemente buena que sea capaz de adaptarse atenta y sensiblemente a las necesidades del mismo, evitando que el niño sienta que estas necesidades lo invaden y lo atacan generándole una sensación de amenaza y desamparo.⁵ Esto resulta para el autor “la base para la instauración del yo” (Winnicott, 1979, p. 409). De este modo expresa que para que el *self* se desarrolle saludablemente es imprescindible que exista un ambiente satisfactorio que pueda responder y adaptarse activamente a las necesidades del niño, brindándole a la vez dos operaciones de cuidado fundamentales como lo son el Handling y el Holding; cuidados que involucran tanto el cuerpo como la psiquis del niño.

La primera de ellas según Winnicott (1984), alude al sostenimiento físico, al contacto cuerpo a cuerpo. De acuerdo con esto, pienso que la manipulación corporal del bebé será lo que le permitirá en ese contexto, sentirse armoniosamente cuidado, contenido, siendo este contacto con el cuerpo de la madre una fuente inagotable de placer, donde se jugará el circuito pulsional. Por otra parte, siguiendo al autor, el Holding refiere a todo lo que acompaña y se despliega con el cuidado físico del bebé, constituyendo lo que sostiene las acciones concretas de cuidado que desempeña la madre.

En este sentido, considero que la alimentación que ofrece la madre al pequeño en el acto de amamantar es parte del Holding, ya que ofrecerle alimento no es solo un cuidado básico sino que envuelve otras acciones que acompañan este acto. Aquí coincido con Bleichmar (1978) cuando expresa que la madre al amamantarlo al niño no solo le ofrece el pecho, sino que le brinda una vivencia integradora de su cuerpo, sosteniendo ese acto a través de la mirada, de la palabra, del movimiento rítmico. En este acto se puede ver cómo claramente existe un plus de placer que se desprende de la función alimenticia y se transforma como bien lo describe Janin (2011) en un:

Universo de ruidos, caricias, miradas, sensaciones propioceptivas, cenestésicas y quinesísticas... en las que el niño registra los efectos maternos y no puede

⁵ Sin embargo el autor expone que la madre progresivamente debe poder no cumplirlas de manera completa, considerando la creciente capacidad del niño para tolerar estas fallas en la adaptación .

diferenciarlos de los propios. Así, el amor materno es vivido como fusión con el otro, y el rechazo materno, como un rechazo a sí mismo. (p. 20)

Por consiguiente, ese cuidado esencial que ofrece la madre se apoya en el cuerpo a cuerpo, pero no supone ser el mismo para cualquier niño sino que debe considerar la singularidad de cada uno atendiendo las necesidades concretas que distintivamente presentan. Pero... ¿Qué se juega en la interpretación que hace esa madre sobre las necesidades del niño?

Siguiendo a Schlemenson (2001) se podría decir que en esa interpretación se juega justamente la historia de la misma, es decir, las relaciones libidinales establecidas con su propia madre, así como también “las marcas de las situaciones traumáticas y del goce que sufrió en su anterior posición libidinal de hija” (p. 17). Por lo tanto, se podrá afirmar que la madre asumirá la función materna desde este lugar, lo que le permitirá interpretar, escuchar y responder a las necesidades de su hijo de un determinado modo y no de otro.

Esto último que plantea Schlemenson se basa en lo que Piera Aulagnier (1977) denomina como *violencia primaria*, constituyendo la acción mediante la cual se observa una anticipación significada por parte de la madre de las necesidades que presenta el niño. Con esto la autora refiere a que tanto las necesidades del cuerpo como de la psique del pequeño son interpretadas por ese Otro que nombra a la vez lo vivenciado por el primero. Y así, “En la actualización de la violencia que opera el discurso materno se infiltra, inevitablemente, un deseo (...) De ese modo, lo que la madre desea se convierte en lo que demanda y espera la psique del *infans*” (pp. 131-132); siendo asimismo esa violencia operada por la madre una acción estructuralmente necesaria en la constitución del sujeto.

Sin embargo, el niño desde que es concebido ya se encuentra atravesado por los ideales y el deseo materno, así lo manifiestan tanto Bleichmar (1978) como Janin (2011), quienes coinciden en que el mismo suele estar ubicado en una cadena de representación que lo excede. Es decir, el niño ocuparía un determinado lugar en una trama fantasmática y en un camino de identificaciones que se relacionaría directamente con la historia de sus padres (Janin, 2004). Así como también estos últimos depositarían en él, imágenes, ilusiones y sueños, poniendo “al descubierto el narcisismo parental en juego en la relación con el hijo” (Janin, 2011, p. 23). De este modo, muchas veces el hijo suele ocupar un lugar que ha quedado vacío por los anhelos irrealizados de sus padres, depositando en él grandes aspiraciones e ideales.

Y en esta complejidad de historias que lo anteceden y lo atraviesan, el niño se comienza a desplegar y constituir como sujeto (Bleichmar, 1978).

A lo largo de este apartado se procuró esbozar la importancia que adquieren para el niño estos primeros vínculos que establece con los adultos que se encargan de su cuidado, partiendo del punto que es a través de los cuidados del cuerpo como poco a poco la psiquis del niño se va constituyendo. Estos cuidados corporales no sólo le permiten al mismo sobrevivir como individuo sino también estructurarse psíquicamente como sujeto.

2.2 El cuerpo como lugar de inscripción de la palabra.

En el punto anterior se logró exponer cómo la madre en los comienzos de la vida del niño le ofrece ciertos cuidados que le permiten “el pasaje del cuerpo sensorial al cuerpo relacional. Este pasaje del cuerpo biológico, al cuerpo erógeno” (Rother de Hornstein, 2002, p. 439). También se pudo establecer cómo a través de las ligazones e interpretaciones que realiza la misma en las cuales significa las necesidades del niño, se infiltra algo del orden de su deseo, reconociendo de esta forma que la madre se encuentra atravesada por un inconsciente.

Según Bleichmar (1978), la madre junto con sus cuidados le brinda un mundo significado al niño a través del lenguaje, es decir, lo provee del lenguaje, lo introduce en el mismo. De acuerdo con esto Rother de Hornstein (2002) coincide y expresa:

El bebé que no tiene lenguaje verbal expresa su sentir en el cuerpo. La madre lo decodifica, lo interpreta, traduce esos signos visibles del cuerpo, desde su propia historia, introduce la represión por la que ella está atravesada, le presta palabras y afectos que trazan las inscripciones fundantes de la estructura psíquica. (p. 442)

Entonces la madre al tiempo que le brinda determinados cuidados también le habla a un cuerpo, permitiendo que el mismo se construya desde la palabra⁶. Es por tanto un cuerpo que se escribe con palabras y se transforma en lugar de inscripción de la misma.

Soler (2010) basándose en los aportes lacanianos, plantea que el cuerpo no es primario debido a que no basta con la individualidad orgánica para que sea cuerpo, sino que el mismo se va construyendo en el vínculo con Otro de manera que la autora manifiesta que

⁶ Cabe aclarar que a lo largo de este capítulo se hablará de la palabra desde la función que posee la misma en el campo del lenguaje tal como lo entiende Lacan (1984), considerando al discurso en tanto “campo de la realidad transindividual del sujeto” (p. 247).

el cuerpo es secundario. En ese vínculo que viene hablando la autora, interviene la palabra de ese Otro que enuncia y nos marca, notando que la misma se introduce en nosotros de manera silenciosa pero efectiva dando origen al cuerpo. Es así que la palabra dice más de lo que dice, es portadora de significados que exceden las propias palabras (Ponce de León, 2002), debido principalmente al hecho que no son anónimas sino que son enunciadas por un sujeto del inconsciente, donde su deseo aparece corporizado en la misma.

De esta forma, la palabra aparece delimitando un cuerpo y marcándolo a la vez que va produciendo efectos. Desde esta línea el discurso “hace” a un cuerpo, y éste último “se pone en escena como efecto de la palabra” (Casas de Pereda, 2002, citado en Ponce de León, 2002, p. 110), permitiendo que se constituya por tanto desde los comienzos de la vida como cuerpo hablado.

Según Lacan (1984), la palabra “en su función simbolizante, no se dirige a nada menos que a transformar al sujeto al que se dirige por el lazo que establece con el que la emite, o sea: introducir un efecto de significante” (p. 285). De esta manera si el discurso materno produce efectos en la realidad, afecta al cuerpo del niño, se podrá decir tomando a este autor que tal discurso adquiere el valor de significante.

Como mencionaba anteriormente, ese discurso materno nos remite a la madre que habla en tanto sujeto dividido, en el que su deseo inconsciente se anuda a su discurso sin que la misma lo perciba, marcando inevitablemente con su palabra la alienación en el otro.

Es justamente en este sentido que Lacan (1984) considera que el cuerpo es capturado por el significante; lo que nos permitiría llegar a entender por qué el sujeto es hablado más que habla de él.

Desde esta perspectiva, todo cuidado que la madre ofrece al pequeño tiene valor significativo, ya que como bien lo expresa Casas de Pereda (2001), la mirada, la voz y el gesto, hacen parte del discurso, constituyen lenguaje. Esto último que menciona la autora concuerda con lo que plantea Laplanche (1970) al decir que “(...) las significaciones que están implícitas en el mínimo gesto parental son portadoras de las fantasías de los padres (...) también ellos tienen sus propios <complejos>, sus deseos signados de historicidad” (p. 65).

Considero que lo descrito a lo largo de este punto del capítulo evidencia cómo el deseo del Otro está presente en la vida del niño desde que el mismo nace al lenguaje (Lacan, 1984). Ese deseo es el que se infiltra en la palabra y se presentifica en el discurso materno. Es así que la madre va recubriendo el cuerpo del niño con palabras al tiempo que lo constituye como cuerpo del lenguaje.

2.3 La construcción del cuerpo a partir del desarrollo psicosexual.

Al venir tratando sobre la construcción del cuerpo en la niñez, surge la necesidad de retomar la noción de cuerpo erógeno, cuerpo libidinal expuesta en el primer capítulo de este trabajo. Como se mencionó en ese apartado, Freud (1905/1978) en *Tres ensayos de teoría sexual* nos habla de un cuerpo infantil revestido de sexualidad ante el encuentro con la madre que lo mece, lo alimenta y lo toca; siendo este contacto con el cuerpo de la madre una de las primeras fuentes de placer para el niño, donde la pulsión sexual le permite constituirse como cuerpo libidinal.

Según Freud (1905/1978) la pulsión sexual se apuntalaría sobre una función biológica, al servicio de la conservación de la vida. Es decir, la satisfacción de una zona erógena como bien pueden ser los labios (la boca del niño), estaría en un comienzo asociada a la satisfacción de una necesidad biológica como lo es en este caso la función de alimentación. Esto remite a la primera experiencia de satisfacción que tiempo antes expone Freud (1900/1979) en *La interpretación de los sueños*, donde explica que se volverá a investir “la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad” (p. 557).

En concordancia con lo anterior, Laplanche (1970) plantea que habrá un plus ligado al placer que se desprenderá de la función biológica y buscará repetirse. De esta manera se implicarán en la sexualidad infantil tanto el cuerpo como el placer.

En este sentido, las zonas erógenas del cuerpo poseen una importancia fundamental ya que la pulsión sexual encuentra en estos lugares el destino para su satisfacción. Freud (1905/1978) justamente define a las mismas como cualquier “sector de piel o de mucosa” (p. 166) dotada de cierta erogeneidad, capaces de desencadenar una excitación sexual mediante su estimulación.

De esta forma, resulta interesante pensar cómo la satisfacción o por el contrario la insatisfacción de la pulsión tiene su origen en el cuerpo y deja registro en el mismo. Tal es así que esas partes erógenas del cuerpo suponen ser zonas de intercambio con un Otro, quien marcará ciertas trayectorias en el cuerpo del pequeño inaugurando caminos de placer o displacer. Al decir de Laplanche (1970), cada zona erógena

Es una especie de punto de ruptura o de repliegue en la envoltura corporal, puesto que se trata ante todo de orificios (...) es al mismo tiempo una zona de intercambios, (...) donde se introduce en el niño ese cuerpo extraño interno que es, en realidad, la excitación sexual. (pp. 36-37)

Estas zonas por lo tanto son lugares privilegiados de relación con Otro. Es así que en este encuentro relacional la sexualidad infantil se va desarrollando dando origen al sujeto psíquico.

Como se mencionó anteriormente, el bebé desde que nace se encuentra a cargo del cuidado de una persona que mediante sus acciones lo libidiniza e inaugura formas de satisfacción que se originan en determinadas zonas erógenas de su cuerpo. En este sentido, Freud (1905/1978) plantea que a lo largo del desarrollo del niño existen determinadas búsquedas de placer que se relacionan con ciertas zonas erógenas predominantes. De esta manera la sexualidad infantil se va a ir organizando alrededor de fases libidinales, que pautarán a la vez, ciertos modos de relacionamiento del niño con los objetos de amor primarios como lo son sus padres. Estas fases descritas por el autor serán: la fase oral, la fase anal, la fase fálica, adviniendo un período de latencia antes de la pubertad, para luego en la edad adulta encontrarnos con la fase genital.

La fase oral será justamente la fase del desarrollo sexual que caracterice los primeros meses de vida del sujeto. En estos tiempos la boca será la principal fuente de placer a través de la cual el niño no solo se alimenta sino que progresivamente el placer asociado a dicha función se desprende de la misma encontrando en la acción del chupeteo una sensación placentera sin igual. Así, el niño comenzará a succionar, chupar partes de su cuerpo de forma que la pulsión sexual encontrará satisfacción en el propio cuerpo, por lo que será autoerótica (Freud, 1905/1978). Sin embargo es importante destacar que esa estimulación de la zona erógena bucal ha sido en un principio promovida por la madre en la medida que ha ofrecido su pecho. De hecho, la relación que establece el niño con el pecho materno en ese momento merece ser descrito; ya que al comienzo el mismo no puede diferenciar este objeto de él mismo, sin que existan límites claros de su cuerpo, predominando un estado de indiferenciación y fusión con el cuerpo materno.

Por otro lado, Bleichmar (1978) expresa que este período oral pasivo de succión irá seguido por otro oral activo donde el niño ante el nacimiento de los dientes tenderá a morder todo lo que lleve a su boca, siendo frecuente en este tiempo la aparición de fantasías de devoración. En relación a esto la autora manifiesta que en el bebé

(...) el mordisco es su primera forma activa de la pulsión agresiva, la manera en que se le permita o no comenzar el ejercicio de esta pulsión será de fundamental importancia. Las significaciones que la madre aporte a esta aparición de la agresividad, es decir, cómo sea vivido por ella en este proceso, funcionará modelando y remodelando las características del vínculo con el objeto. (párr. 3)

Una vez más se evidencia la importancia de las significaciones, las lecturas que realiza la madre sobre cómo se manifiesta el niño a través de su cuerpo, ya que en función de esto establecerá un particular vínculo con el sujeto. Por otra parte, Freud (1905/1978) menciona que la meta sexual en esta fase oral del desarrollo se basa en la incorporación del objeto, implicando ser un modelo rudimentario de lo que más adelante se conocerá como identificación; mecanismo psíquico fundamental en la estructuración del psiquismo.

Avanzando un poco en el desarrollo libidinal del niño se encuentra la fase anal, donde será la región anal la que en esta oportunidad adquiera el estatuto de zona erógena, siendo las heces el objeto de la pulsión.

Según Freud (1905/1978), en esta fase se desplegarían tendencias opuestas que atravesarían la vida sexual del sujeto. Aún no se las podría llamar a las mismas como masculino y femenino, pero sí serían del orden de lo activo y lo pasivo, donde entre medio de estas tendencias opuestas se jugaría la pulsión de dominio que las mantendría siempre en pugna. Como agrega el autor en el año 1915 a su texto de los *Tres ensayos* (1905/1978), para el niño las heces serían vividas como partes de su propio cuerpo, por lo que expulsarlas significaría vaciarse de éstas, despedirse de estos objetos tan valiosos. De esta manera, la pulsión de apoderamiento se verá reflejada en la respuesta de retenerlas o expulsarlas. No se debe olvidar que en estos casos el niño responde ante la demanda de su madre; la que frecuentemente le solicita al mismo que controle sus esfínteres y que los expulse en determinados momentos y lugares. En este sentido

(...) la respuesta al pedido de control por parte de la madre será considerada por parte del niño como una forma de recompensa, regalo, signo de entendimiento, así como la negativa a este control, será una forma de rehusarse a someterse a los deseos de ella. (Bleichmar, 1978, párr. 4)

El cuerpo del niño se ve comprometido en esa respuesta, ya que será el pequeño mediante su cuerpo el que retenga, se niegue o acceda y acepte esta demanda,

observando cómo el deseo de la madre aparece interpelando nuevamente al niño y su cuerpo.

De todas formas como manifiesta Bleichmar (1978), el niño accederá a dejar de jugar con los excrementos y renunciará a esa ganancia de placer que le provoca la retención de las heces solo a cambio de otro placer “el cual está constituido por el reconocimiento amoroso de la madre y la identificación con los adultos” (párr. 5). No obstante como expone la autora, este particular modo de relación que el niño ha establecido con las heces no desaparece sino que el mismo procura sustitutos simbólicos donde pueda desplazar esta modalidad de relacionamiento, es así que encontrará en los juegos que implican ensuciarse y mancharse el mejor camino para esto.

Por otro lado vemos que Freud en 1924 agrega una nota al pie de página en los *Tres ensayos* (1905/1978) nombrando una nueva fase en el desarrollo sexual infantil. La misma constituye la fase fálica y el autor la ubica como una fase intermedia entre las organizaciones pregenitales de la libido (fase oral y fase anal) y la fase genital.

En esta fase fálica el niño comienza a preguntarse sobre la sexualidad, de manera que los órganos sexuales le despiertan gran curiosidad ya que el placer experimentado en la masturbación infantil se localiza en los genitales.

El niño, guiado por la pulsión de saber, se interroga, investiga y comienza a formularse teorías sobre el nacimiento de los niños; y se observa que en esta fase tanto las niñas como los niños creen que existe un único órgano sexual común a todos los individuos, habiendo una primacía del genital masculino, una primacía del falo (Freud, 1923/1984). En este sentido el pene adquiere para ambos sexos un importantísimo valor, representando un órgano que le otorga completud al sujeto.

Por lo tanto, como lo explica el autor, en esta fase fálica el niño y la niña notan la diferencia entre los sexos pero no logran relacionarlo con el hecho de que existen dos genitales distintos para cada sexo; de forma que la diferencia en esta fase se centrará en lo fálico-castrado.

Es así que en este momento del desarrollo libidinal la pérdida del pene resulta ser la principal preocupación que atañe a ambos sexos. La niña por un lado, descubre ante las observaciones de sus compañeros de juego que no posee un órgano genital similar al pene, experimentando una sensación de incompletud al no poseerlo. Sin embargo la misma no logra comprender que esa falta remite a una diferenciación sexual entre ambos sexos y se plantea la explicación que alguna vez lo tuvo pero lo ha perdido por medio de una castración. Considera que sólo ella posee esta falta suponiendo que su madre no le ha

dado este órgano tanpreciado, lo que genera en la niña sentimientos hostiles hacia su madre (Freud, 1924/1984).

Esto último merece especial consideración ya que como he venido desarrollando a lo largo del capítulo, la madre resulta ser el primer objeto de amor tanto del niño como de la niña. No obstante, la pequeña a consecuencia de la explicación ideada cambiará de objeto de amor al padre en miras de lograr la satisfacción de “tener” esa parte del cuerpo, ya que considera que el mismo puede dársela; introduciéndose así en el complejo de Edipo. Este tiempo estará caracterizado por el deseo de la niña de ser la única persona amada por su padre, compitiendo de esta forma con su madre por el amor del mismo. Habrá también aquí un marcado interés sexual por parte de la niña hacia su padre, que se manifestará en las fantasías típicas que caracterizan a esta fase. Cabe aclarar que el niño atravesaría por el complejo de Edipo al igual que la niña, solo que éste tomaría como objeto de amor a su madre, donde también se observarían mociones sexuales dirigidas hacia la misma que poblarían las principales fantasías del niño en este tiempo (Freud, 1924/1984).

Por otro lado, en el niño, este proceso de descubrimiento de los genitales tendrá un camino distinto. El pequeño mediante la observación de los genitales femeninos constatará la falta de pene en las niñas y luego de creer que crecerá muy pronto “llega a la conclusión, efectivamente sustantiva, de que sin duda estuvo presente y luego fue removido” (Freud, 1923/1984, p. 147).

El niño supone que la pérdida de este órgano es producto de una castración; y esta posibilidad lo interpela directamente al considerar que tal consecuencia puede llegar a ser una reprimenda de su padre al constatar las mociones sexuales que él dirige hacia su madre. Según Freud (1924/1984) esta castración que el niño imagina, involucra la pérdida de una parte de su cuerpo muy valorada y estimada, con la cual logra grandes satisfacciones sexuales. Además agrega que se trata de una pérdida corporal, como en otros momentos del desarrollo supuso ser la pérdida del pecho de la madre, o también la expulsión de las heces en la fase anal. De esta forma:

Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto triunfa normalmente el primero de esos poderes: el yo del niño se extraña del complejo de Edipo. (Freud, 1924/1984, p. 184)

Acá se puede ver claramente cómo la amenaza de pérdida de una importante parte de su cuerpo es capaz de generar la resignación de la satisfacción sexual en los objetos parentales. Por lo tanto, el padre en este triángulo edípico ocuparía el lugar de un tercero que intervendría en esa relación amorosa entre niño y madre realizando un corte, al tiempo que establece una separación simbólica entre ambos bajo la prohibición del incesto. Ante esto, el padre asumirá como lo plantea Bleichmar (1978) la función de prohibición dentro de la estructura del Edipo al tiempo que permitirá la identificación del niño con el mismo.

Al describir esta fase fálica se procuró exponer que no se trata sólo de que el niño y la niña en este momento del desarrollo puedan delimitar la configuración anatómica de su cuerpo; sino poner énfasis que el descubrimiento de esa diferenciación sexual permite el despliegue de un complejo proceso de diferenciación con el otro que será fundamental en la constitución del sujeto.

Por otra parte, luego de esta fase que según Freud (1905/1978) finalizaría con el sepultamiento del complejo de Edipo, tanto el niño como la niña atravesarían por un período de latencia donde las pulsiones sexuales serían inhibidas y desviadas de su meta sexual a otras metas nuevas. Esto generaría una especie de estancamiento en el desarrollo sexual del sujeto hasta el advenimiento de la pubertad donde las pulsiones sexuales resurgirían con gran fuerza.

Sin embargo Urribarri (2008) plantea una visión distinta de este período de latencia considerándolo como un tiempo en el que se complejiza el psiquismo del niño, donde si bien hay placeres que se abandonan se inauguran otros a medida que se abren nuevos caminos de satisfacción. Esto implica un verdadero trabajo psíquico para el niño de manera que el autor considera pertinente no llamarlo período sino trabajo de latencia. Éste último generalmente coincide con el ingreso del niño a la escuela donde a través del vínculo que establece con la institución y con sus pares genera intercambios libidinales significativos distintos a los conocidos, lo que le brinda nuevas condiciones para la producción de subjetividad.

Siguiendo con Freud (1905/1978), luego del período de latencia tendría lugar la pubertad, momento en el se producirán cambios en el desarrollo sexual infantil que pautarán la conformación de la organización sexual en la vida adulta. Una de las características más importantes es que la pulsión sexual que antes solía ser autoerótica, ahora encuentra satisfacción en un objeto ajeno, observando a la vez la difícil tarea que se le plantea al sujeto tras el hecho que “La elección de objeto de la época de la pubertad tiene que renunciar a los objetos infantiles” (Freud, 1905/1978, p. 182). Es decir, las mociones

sexuales en este tiempo ya no estarán dirigidas al padre o a la madre sino a otros objetos sexuales.

Además, las pulsiones parciales que se satisfacen cada una de manera desorganizada en la infancia a través de diferentes zonas erógenas, se unifican en la pubertad y se subordinan al primado de los genitales donde alcanzan su meta sexual; permaneciendo en la edad adulta “al servicio de la función de la reproducción” (Freud, 1905/1978, p. 189). Lo anterior justamente caracteriza a la última fase libidinal que conceptualiza el autor, la cual denomina fase genital. La misma se alcanza en la vida adulta por lo que no será descrita extensivamente en este trabajo debido a que no se encuentra dentro de las fases libidinales que atraviesan la infancia.

A lo largo de este último punto del capítulo se describió cómo el cuerpo del niño es construido a través del desarrollo sexual, y cómo las primeras inscripciones de placer o displacer que se generan en el mismo marcan a un sujeto al tiempo que dejan huella en su psiquismo.

Capítulo 3

-El cuerpo del niño en la actualidad-

Pensar al cuerpo del niño en la actualidad lleva inevitablemente a rever las condiciones socio-histórico-culturales del presente contexto en el que vivimos. Esto supone reconocer que en cada tiempo histórico se construyen lógicas que legitiman ciertos discursos imperantes, de tal manera que las conductas que se consideran sanas y lo que se sanciona como patológico en la niñez, también es susceptible a los cambios de cada época.

El niño por lo tanto permanece bajo estos discursos donde la concepción de infancia y de salud-enfermedad afectan al mismo pero también a su cuerpo. ¿Cómo se debe mover?, ¿cómo se debe vestir?, ¿qué actividades debe hacer?, ¿cuándo resulta enfermo?, son algunas de las interrogantes que interpelan al cuerpo del niño en la actualidad. Es así que el cuerpo del mismo hoy en día aparece en el centro de la escena y sobre él recaen los más altos ideales e imperativos sociales, donde lo que se espera es que el niño pueda controlar su cuerpo.

Según Lipovetsky (2003), nos encontramos en un tiempo de mutación histórica que el autor denomina posmodernidad. Esta nueva era presenta algunas particularidades bien definidas, caracterizándose por un consumo masificado de las sociedades contemporáneas,

un individualismo que se exagera de manera notoria entre los sujetos y donde a la vez los mismos aspiran a lograr un hedonismo en todos los ámbitos de su vida.

Además, el dominante sistema capitalista no se presenta solo como un sistema económico que permea la esfera pública sino que sus lógicas atraviesan la esfera privada de la vida de los sujetos, sus vínculos más íntimos y sus relaciones interpersonales (Lipovetsky, 2003).

Por otro lado, la vertiginosidad con la que transcurre el tiempo es otra característica de esta época; todo sucede muy rápido y en poco tiempo, como si se le atribuyera al mismo cierta finitud y primara la inmediatez. Bauman (2003) se centra en esta fluidez en la que todo transcurre a un tiempo acelerado para denominar a esta era con el nombre de modernidad líquida.

Pero, como lo expresa Lipovetsky (2003), si se describen los cambios que se observan en esta época “hay que plantear que se acompaña de una relación original con el Otro, como implica una relación inédita con el cuerpo, el tiempo, el afecto, etc” (p. 69). En este sentido se podría pensar que las relaciones que el niño establece con el adulto en la actualidad también presentan ciertas particularidades. Esto se debe principalmente al hecho que los padres se encuentran inmersos en esta era posmoderna y están atravesados como lo revela Janin (2011) por ciertas exigencias sociales que son transmitidas a sus hijos, así como también se ven influenciados por ciertos modelos de lo que supone ser madre o padre en los tiempos actuales.

En cuanto a las exigencias de esta época, alcanzar el éxito se ha transformado en un ideal soñado y esto según Muñiz (2013) también es aspirado a conseguir por los padres quienes desean ser exitosos en tanto tales; los cuales temen a la vez “no producir hijos exitosos y capaces de enfrentar las demandas de esta época” (p. 137).

Por otro lado, en estos tiempos donde el cuerpo se convierte en un “verdadero objeto de culto” (Lipovetsky, 2003, p. 60), “ser exitoso” también supone “tener un cuerpo exitoso”. Esto implica que el mismo se encuentre en perfectas condiciones físicas, que sea estético y se adapte a las normas y demandas sociales. Detrás de esto existe un mensaje claro, ya que en cierto punto lo que se promueve es que todos los cuerpos cumplan con estas exigencias, que sean iguales. Desde esta lógica en la medida que no lo hagan serán concebidos como cuerpos diferentes y probablemente permanecerán excluidos. De acuerdo con esto es interesante pensar ¿qué se espera del cuerpo del niño en la actualidad?, ¿existe lugar para contemplar las diferencias entre los cuerpos de los mismos?

Cada niño posee un cuerpo singular, debido a que como se ha venido exponiendo éste se construye en la intimidad de la relación con un adulto que brinda cuidados y

libidiniza a un sujeto (Bleichmar, 1978). Pese a esto, vemos por ejemplo que hoy en día el niño que se mueve constantemente no es considerado en su diferencia e interrogado desde la singularidad de su cuerpo, sino que frecuentemente es sancionado y excluido en tanto no se ajusta a los parámetros de “normalidad” de la época.

Por otra parte, Janin (2011) expresa que en estos tiempos en los que vivimos se observa “una necesidad de que el sufrimiento sea ocultado, que el dolor no se muestre (...) en tanto su reconocimiento se contrapone al modelo de felicidad imperante” (p. 66). De acuerdo con la autora esto también se le exigiría al niño, el cual tendría que poder superar rápidamente aquellas situaciones difíciles por las que le tocaría atravesar. Agrega de este modo que los adultos no habilitarían un espacio para que ese dolor pueda ser manifestado, lo que de hecho no significa que ese dolor no exista. Pienso que igualmente el mismo se dejará ver, encontrando en el cuerpo un posible camino para manifestarse.

En relación a esto, autores como Levin (2008) y Untoiglich (2009) advierten que en el actual trabajo clínico con niños se deberá poder leer cuidadosamente las conductas infantiles existiendo la posibilidad que a través del cuerpo el niño pueda estar mostrando su sufrimiento.

En este sentido, considero que escuchar al niño y su cuerpo en la clínica constituye no solo un compromiso profesional sino también ético ya que al hacerlo se estaría habilitando un espacio para que el sufrimiento del pequeño pueda ser desplegado, en estos tiempos donde no existe lugar para expresar el dolor.

Desde otro lado, según lo plantea Untoiglich (2009), los adultos que se encargan del cuidado del niño se encuentran desbordados. La autora relaciona lo anterior con el hecho de que en la actualidad lo que predomina es el actuar impulsivo en los padres por sobre “la posibilidad de reflexionar acerca de las situaciones vividas” (p. 3); observándose así una dificultad en la mediación simbólica de tales situaciones. Esta dificultad provocaría el desborde parental, lo que a su vez genera un desamparo en el niño tras sentir que la función de sostén que ofrecen los padres falla.

Lo anterior conlleva a que muchas veces como lo revela Muñiz (2013), se borren las asimetrías entre padres e hijos y sean los niños los que por momentos sostengan a sus padres. Es interesante vincular esto último con lo que propone Janin (2011) al exponer que actualmente existe una tendencia a idealizar la infancia. Con esto la autora refiere a que los adultos no consideran que los niños son seres indefensos a los cuales se les debe poder brindar cuidado y contención; sino que los conciben como seres fuertes, poderosos, con posibilidad de decidir sobre temas que los exceden. Este poder depositado en el niño lo desborda dejándolo desamparado.

Coincido con la autora y pienso que la presencia de un adulto referente que intervenga y responda en estos momentos es fundamental. Tras hacerlo ocupará su lugar de adulto y le permitirá al niño sentirse sostenido.

La vertiginosidad de los tiempos posmodernos también trae efectos en el cuerpo del niño. Vemos que muchas veces los pequeños “corren” detrás del tiempo para poder cumplir con una agenda completa de actividades que realizan fuera del horario escolar. Su cuerpo trabaja constantemente y realiza actividades que generalmente como lo manifiesta Janin (2011) son regladas. De esta manera el tiempo que queda para el juego libre y creativo se restringe así como también la posibilidad de involucrar al cuerpo en actividades desestructuradas.

Según la autora esta realidad atraviesa a niños de diferentes clases sociales debido a que los niños de bajos recursos económicos tampoco encuentran tiempo para jugar ya que frecuentemente asumen responsabilidades de adultos al permanecer al cuidado de la casa y/o salir a trabajar.

Que no reste tiempo para el juego libre es algo que merece especial consideración debido a que como lo explica Freud (1920/1979), a través del mismo el niño elabora situaciones traumáticas y “trueca la pasividad del vivenciar por la actividad del vivenciar” (p. 17). El juego por lo tanto permite dramatizar y simbolizar situaciones que resultan difíciles para el niño y esto es fundamental en la infancia.

En este sentido, debemos pensar lo siguiente: ¿actualmente, le ofrecemos al niño posibilidades para la elaboración de tales situaciones si no le ofrecemos tiempo ni espacio para el juego libre y creativo?

3.1 Entre el cuerpo en movimiento y el cuerpo inmóvil.

Como he venido describiendo, los cambios y características de esta época posmoderna repercuten en el cuerpo del niño, así como también considero que el pequeño encuentra en el cuerpo un posible camino para expresar su malestar en estos tiempos.

Con lo anterior no intento afirmar que ésta sea la única forma de expresarlo, así como tampoco pretendo caer en una mirada reduccionista al considerar que cualquier malestar que presente el niño en la actualidad pueda ser expresado a través del cuerpo. Simplemente, basándome en los aportes que realiza Levin (2008), me pregunto sobre ¿cómo puede dejarse ver el malestar del niño a través del cuerpo en estos tiempos?

En este sentido, el autor plantea que uno de las maneras que encuentra el niño es a través del constante movimiento de su cuerpo y expresa:

El movimiento alocado encarna la angustia sin nombre (...) No hay un solo rostro para la angustia; indudablemente el niño vive una experiencia de displacer: no puede *agarrar* la angustia, es ella la que lo toma, dominándolo, estrechándolo a lo corporal. (Levin, 2008, pp. 97-102)

Con esto refiere a que el niño al no poder poner en palabras esta angustia la actúa en su cuerpo, dándola a conocer a través del excesivo movimiento del mismo. Además, de acuerdo con Levin el movimiento lo coloca en el centro de la mirada de un otro adulto lo que le permite estar presente, procurando ser escuchado en su movimiento.

Por lo tanto, según este autor habría un decir corporal en ese movimiento y la motricidad cobraría especial relevancia ya que a través de ésta el niño expresaría su angustia y su malestar.

Pero... hoy en día ¿se escucha al niño a través de su movimiento o se lo tiende a sancionar antes de escucharlo? Considero que siempre se debe tener presente que detrás del constante movimiento de cada cuerpo se encuentra la singularidad de cada niño y su historia. Sin embargo, Levin (2008) expresa que “El anonimato del saber moderno responde a la demanda del niño desconociendo su historia” (p. 102), al tiempo que se rige por ciertos parámetros cognitivos y neurobiológicos que se encuentran estandarizados para designar cuándo el movimiento de un niño es considerado “normal” o “patológico”.

Así frecuentemente se tiende a ubicar la inquietud del niño dentro de una cierta categoría psicopatológica definida en los manuales diagnósticos y estadísticos, sin antes escuchar al decir de Levin (2008), una demanda que es principalmente angustiada y que se encarna en el movimiento del cuerpo del niño.

Por otra parte no se debe olvidar que como plantea Untoiglich (2009), cualquier diagnóstico psicopatológico marca a ese sujeto que aún se encuentra estructurándose, por lo que habrá que contemplar que muchas veces esa patología los encasilla y los sitúa en un lugar lleno de limitaciones donde les resulta difícil evadir el fracaso que pauta el déficit o transtorno que los nombra.

Es así que en esta época donde se busca borrar las diferencias entre los cuerpos, homogeneizarlos, al tiempo que se intenta poseer un control sobre los mismos; el cuerpo de un niño que se mueve constantemente difícilmente cumpla con los parámetros de

“normalidad” impuestos. De acuerdo con esto el niño que es nombrado como inquieto corre el riesgo de ser clasificado y excluido. En este sentido Muñiz (2013) expresa:

De la misma forma que los niños son encasillados para clasificarlos con el fin de tratarlos para que se adapten mejor, las instituciones educativas también se hacen eco de esta modalidad clasificante si el niño no logra adaptarse a lo que se aspira de él. (p. 143)

Strazzacappa (2001) explica que la escuela desde la primera mitad del siglo XX estuvo marcada por un claro modelo escolar-militar, aspirando a lograr que el cuerpo del alumno permanezca sin moverse en el aula, que sea un cuerpo disciplinado. Según la autora estas exigencias disciplinares que adoptaban medidas tan severas de control del cuerpo no persisten al día de hoy, pero sí se mantiene la idea de que no moverse es sinónimo de buen comportamiento. De esta manera explica que se sigue impidiendo el movimiento corporal del niño en el salón de clase, pudiendo hacerlo sólo en momentos precisos como en el horario del recreo o cuando concurre a clase de educación física.

Alicia Fernández (1987) coincide con lo anterior y agrega que la escuela se dirige a enseñar a un sujeto, el cual considera que debe permanecer estático en su banco, olvidando el importante hecho que todo aprendizaje pasa por el cuerpo. Para la autora poder incluir el cuerpo en las tareas escolares y hacerlo partícipe “en el proceso de apropiación del conocimiento” (p. 66), permite que el niño logre un aprendizaje significativo.

Sin embargo, se puede observar que por un lado se sanciona el movimiento del niño en la actualidad pero no se contempla el importante hecho de que el mismo, como lo menciona Janin (2011), se encuentra expuesto a una cantidad de mensajes y estímulos que le llegan a través de diferentes medios (televisión, celulares, tablets), los cuales promueven su movimiento.

De acuerdo a los planteos de la autora, el niño se vería desbordado frente a estos constantes estímulos que lo invaden, encontrando a través del movimiento de su cuerpo un posible camino para tramitar esa situación de desborde. Es decir, al no poder metabolizarlos por sí solo, permanecería “en un estado de excitación permanente” (Janin, 2011, p.69).

En relación a esto, Levin (2008) realiza un interesante aporte al enunciar que “El goce sensorio motor desbordante crece al parejo que la modernidad- imágenes y

sensaciones rápidas, fugaces, puntuales, cortas eléctricas, intercambiables, desechables (...)” (p. 97)⁷.

Hoy en día debido al gran avance de la ciencia y la tecnología se han creado los más sofisticados dispositivos digitales, los cuales ofrecen a través de sus pantallas estímulos principalmente visuales al niño. De esta forma, la imagen prevalece y captura al pequeño quien permanece varias horas frente a estos dispositivos sin moverse.

Considero que lo anterior inaugura una nueva relación del niño con su cuerpo; es decir, aquí no nos encontramos con un cuerpo que se mueve excesivamente como lo veníamos describiendo, sino con un cuerpo inmóvil que permanece adherido a las imágenes que se muestran en las pantallas de estos dispositivos. Sin embargo, vemos que el niño en la actualidad oscila permanentemente entre estos dos opuestos, entre el movimiento excesivo y el no-movimiento de su cuerpo.

Levin (2008) expresa que cada vez con mayor frecuencia los niños juegan virtualmente, permaneciendo largo tiempo conectados a estos juegos en red, donde cada uno se encuentra “aislado con la imagen que no deja ver ni pensar en otra cosa” (p. 98). Pendientes de esa “realidad” virtual, muchas veces olvidan comunicarse con su entorno y prescinden de la palabra, la mirada en el encuentro con un otro; ya que generalmente su compañero de juego no está presente físicamente sino que se encuentra del otro lado de la pantalla.

Existen juegos en los que se construyen mundos, se crean personajes, se matan a otros y así el niño se sumerge en ese universo “donde nada es imposible, en la que todo puede construirse y destruirse sin mediación” (Levin, 2008, p. 99).

En algunos juegos la acción y la descarga se alcanzan con sólo presionar un botón, sin embargo, el cuerpo no se involucra ni logra expresarse en estos juegos. En este sentido, Levin (2008) manifiesta que se observa un goce del niño en la imagen pero el placer asociado a la expresión corporal y gestual disminuye progresivamente. Según el autor esto influye en la creciente dificultad que presentan los niños en la actualidad para jugar con el cuerpo y lograr representaciones creativas con el mismo.

Representar permite simbolizar y esto sin duda le otorga la posibilidad al niño de elaborar situaciones difíciles por las que ha tenido que atravesar. Pero si en esta época, tanto la televisión, como la Tablet o el celular saturan al niño con la imagen y lo mantienen

⁷ A partir de este momento, cada vez que se emplee el término goce a lo largo del capítulo se lo entenderá tal como lo propone Lacan alrededor del año 1960. En este tiempo comprende al goce como un exceso, como una satisfacción que transgrede el principio de placer, causando dolor y sufrimiento para el sujeto (Evans, 1997).

al decir de Levin (2008) “en un circuito inagotablemente gozoso” (p. 99); se deberá pensar, ¿qué lugar puede quedar para la creación simbólica del sujeto a través de su cuerpo?.

Por otra parte, estos objetos electrónicos, se promocionan y publicitan lanzándolos al mercado como objetos de consumo. Se procura tenerlos, poseerlos, en el menor tiempo posible ya que pronto no estarán disponibles en el mercado tras crear una nueva y mejor versión de los mismos. El niño no queda por fuera de esta lógica consumista así como tampoco su cuerpo, a quien se le ofrece un incesante goce a través de estos productos.

En relación a esto Dolores Castrillo (2011) enuncia que “está habiendo una división cada vez más llamativa entre el cuerpo y su modo de gozar, porque es en estos productos de la industria y de la cultura como el cuerpo alimenta cada vez más su goce” (El goce recuperado o las islas del goce, párr. 12). El cuerpo goza a través de estos objetos, mientras que el placer que se alcanza a través del cuerpo, en el encuentro y contacto con un otro, cada vez encuentra menos lugar para su despliegue. La autora expresa que el goce del cuerpo en estos productos supone un goce a solas, donde el niño prescindiría justamente del cuerpo del otro.

En este sentido, habrá que pensar en las repercusiones que trae aparejado lo anterior, si el niño permanece con su cuerpo en ese goce a solas con estos objetos, sin que un otro intervenga; no sólo para cortar con ese circuito gozoso sino para generar desde el contacto físico y corporal experiencias de placer.

-Conclusiones-

En la primera parte del trabajo se trató de revelar cómo ha sido entendido el cuerpo desde el psicoanálisis, lo que permitió apartarnos de la concepción de cuerpo orgánico, biológico, al reconocer la erogeneidad de un cuerpo que se constituye desde lo pulsional.

Desde las ciencias biomédicas el cuerpo es entendido como un organismo que posee cierta funcionalidad biológica, de manera que su acento está puesto en la materialidad que lo constituye y se lo estudia en función de esto.

Sin embargo para el Psicoanálisis el cuerpo alcanza otro estatuto ya que posee como bien lo enuncia Freud (1905/1978) cierta particularidad erógena; comprendiéndolo como lugar de inscripción de experiencias placenteras y displacenteras. Acceder a estas conceptualizaciones permitió pensar, cómo se construye el cuerpo del niño en el marco de las relaciones libidinales y afectivas que establece con el adulto que se encarga de su cuidado.

En este sentido, varios han sido los aportes que se han producido en el ámbito psicoanalítico en relación a la importancia del Otro en los primeros años de vida del niño; quien mediante su palabra, su mirada y el sostén físico que ofrece, marca el cuerpo del pequeño, a la vez que genera las primeras inscripciones en su psiquismo. De este modo, al exponer lo anterior, pienso que se logró mostrar la estrecha y dinámica relación existente entre cuerpo y psiquismo.

Por otro lado, reconocer que el niño atraviesa por experiencias de placer y displacer que marcan su cuerpo, permitió comprender al mismo desde su singularidad en tanto cada cuerpo posee una historia detrás, una historia que nos remite a un encuentro del sujeto con un otro. Considero que tener presente esto último en el ejercicio de mi futura práctica profesional resulta fundamental, ya que pauta una apertura frente a las diversas formas en las que se puede expresar el niño a través de su cuerpo, contemplando al mismo tiempo la singularidad desde la cual se construye cada uno. En este sentido, cuando nos preguntemos sobre cómo se presenta ese sujeto, sin duda, parte de las cuestiones a pensar tendrán que ver con su cuerpo.

Hoy en día sobre el niño recaen las más altas exigencias y demandas sociales en relación a su cuerpo, donde el mensaje que se le transmite es claro: se espera que puede controlar su cuerpo; ya que en caso de no hacerlo corre el riesgo de ser sancionado tras no lograr adaptarse a los ideales y parámetros de normalidad impuestos. Pienso que a través

de este trabajo se procuró problematizar esto, tratando de correr el foco en que la inquietud sea un “problema” exclusivamente del niño que no logra adaptarse; abriendo el campo y complejizándolo al preguntarnos ¿qué puede estar mostrando o manifestando el niño a través de su cuerpo?, lo que nos lleva a comprender el movimiento como una producción subjetiva del niño.

Es claro que el avance de la ciencia y la tecnología crece a pasos agigantados y produce efectos en el cuerpo del niño. Los nuevos dispositivos digitales mediante sus pantallas ofrecen no solo una cantidad de imágenes al mismo sino también una realidad virtual que inaugura una nueva relación del niño con su cuerpo. De acuerdo con esto, en algunos juegos virtuales, el niño juega a un “como si” sin necesariamente involucrar su cuerpo; es decir, en estos, puede matar, morir, construir pero su cuerpo permanece inmóvil frente a la pantalla. Así, la representación creativa y simbólica que se logra a través del mismo cada vez encuentra menos lugar para su despliegue. Considero que tener en cuenta lo anterior resulta central ya que nos permite pensar cómo cuerpo y juego se vinculan en estos tiempos, y por ende qué posibilidades se le ofrece al niño para que a través de éste logre elaborar situaciones difíciles por las que ha tenido que atravesar. Por lo tanto, también habrá que poder escuchar al niño que permanece inmóvil y a solas frente a estos dispositivos digitales; tratando de comprender a qué responde con su quietud.

A todo esto, se puede afirmar que el contexto socio-histórico-cultural impacta y repercute en el cuerpo del niño, quien permanece entre el movimiento excesivo y el no-movimiento. En este sentido, tanto la quietud como el movimiento serían formas en las que el niño pone en escena su cuerpo en la actualidad. Asimismo, aún resta interrogar si existe alguna relación entre estas dos manifestaciones corporales tan distintas que nos muestra el pequeño; tema que podrá ser investigado y abordado en futuros trabajos.

Para culminar, dejar presente la intención de haber podido transmitir en este trabajo la importancia de escuchar al niño y su cuerpo; considerando a este último como posible lugar que encuentra el pequeño para expresar su malestar en estos tiempos donde no se habilitan espacios para que el dolor y el sufrimiento puedan ser manifestados. Posicionarnos desde este punto, exige el paradójico movimiento de nuestro propio cuerpo frente a las problemáticas que plantea la clínica actual, donde el desafío reside en comprender qué se “juega” en el cuerpo de cada niño.

-Referencias Bibliográficas-

- Anzieu, D. (1987). *El Yo-piel*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bion, W. R. (1977). *Volviendo a pensar*. (2ª ed.). Buenos Aires: Hormé.
- Bion, W. R. (1988). *Elementos de psicoanálisis*. (2ª ed.). Buenos Aires: Hormé.
- Bleichmar, S. (1978). La constitución psicosexual en la infancia. En *Ediciones con fines didácticos de la Subsecretaría de Educación y Cultura de la Nación*, México.
- Breuer, J., Freud, S. (1976). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar. En J.L. Etcheverry (trad). *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 2, pp. 29-43). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1893).
- Campalans, L. (2006). "Eppur si muove". Notas sobre el sujeto del psicoanálisis. *Revista Uruguay de Psicoanálisis*, (103), 160-171.
- Casas de Pereda, M. (2001). El discurso y el método psicoanalítico. *Revista Uruguay de Psicoanálisis*, (94), 1-15.
- Castrillo, D. (2011). El estatuto del cuerpo en psicoanálisis: del organismo viviente al cuerpo gozante. *Freudiana: Revista Psicoanalítica publicada en Barcelona bajo los auspicios de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis*, 63. Recuperado de http://nucep.com/wp-content/uploads/2012/09/ref_Dolores-Castrillo-_EL-ESTATUTO-DEL-CUERPO-EN-PSICOANALISIS.pdf
- Dolto, F. (1986). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Barcelona: Paidós.

- Dolto, F. & Nassio, J.D. (1987). *El niño del espejo: el trabajo psicoterapéutico*. Barcelona: Gedisa.
- Evans, D. (1997). *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*. (1ª ed.). Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, A. (1987). *La inteligencia atrapada: abordaje psicopedagógico clínico del niño y su familia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, S. (1979). La interpretación de los sueños. En J.L. Etcheverry (trad). *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 5, pp. 557-668). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).
- Freud, S. (1978). Tres ensayos de teoría sexual. En J.L. Etcheverry (trad). *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 7, pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1984). Introducción del narcisismo. En J.L. Etcheverry (trad). *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 14, pp. 65-97). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1984). Pulsiones y sus destinos. En J.L. Etcheverry (trad). *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 14, pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1979). Lo inconciente. En J.L. Etcheverry (trad). *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 14, pp. 153-213). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1979). Más allá del principio de placer. En J.L. Etcheverry (trad). *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).

- Freud, S. (1984). El Yo y el Ello. En J.L. Etcheverry (trad). *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 21-29). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1984). La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad). En J.L. Etcheverry (trad). *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 141-149). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1984). El sepultamiento del complejo de Edipo. En J.L. Etcheverry (trad). *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 177-187). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924).
- Janin, B. (2004). *Los padres, el niño y el analista: encuentros y desencuentros*. Recuperado de <http://beatrizjanin.com.ar/mis-articulos/padres-chicos-analista-encuentros-y-desencuentros.pdf>
- Janin, B. (2011). *El sufrimiento psíquico en los niños*. Buenos Aires: Noveduc.
- Lacan, J. (1972). El estadio del espejo como formador de la función del yo ["je"] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos I*. (pp. 11-18). Buenos Aires: Ed. Siglo XXI.
- Lacan, J. (1984). Función y Campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos I*. (pp. 227-310). Buenos Aires: Ed. Siglo XXI.
- Laplanche, J. (1970). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Levin, E. (1991). *La clínica psicomotriz*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Levin, E. (2008). La imagen corporal sin cuerpo: angustia, motricidad e infancia. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 10(1), 91-112.
- Lipovetsky, G. (2003). *La era del vacío*. Barcelona: Editorial Anagrama.

- Muñiz, A. (2013). Abordajes clínicos de las problemáticas actuales en la infancia. *Revista Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 3(2), 135-154.
- Nassio, J.D. (2001). *Los más famosos casos de psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Nassio, J.D. (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. (1ª ed.). Buenos Aires: Paidós.
- Ponce de León, E. (2002). Una propuesta interdisciplinaria: psicoanálisis y psicomotricidad en una técnica conjunta para el tratamiento de niños. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (96), 109-124.
- Rother de Hornstein, M.C. (2002). Cuerpo, inscripciones y autoorganización. En Asociación Psicoanalítica del Uruguay, 2do Congreso de Psiconanlisis – XII Jornadas científicas, *El cuerpo en psicoanálisis. Diálogos con la biología y la cultura*, Tomo I (pp. 439-444). Montevideo: APU.
- Schlemenson, S. (2001). *Niños que no aprenden*. Buenos Aires: Paidós.
- Soler, C. (2010). *El cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan*. Recuperado de <https://agapepsicoanalitico.files.wordpress.com/2013/07/colettesoler-elcuerpoenlaensenanzadejacqueslacan.pdf>
- Strazzacappa, M. (2001). A educação e a fábrica de corpos: a dança na escola. *Cadernos CEDES*, 21(53), 69-83.
- Untoiglich, G. (2009). *Patologías actuales en la infancia: el trabajo con los padres en la clínica con niños*. Recuperado de <http://www.psicopedagogiavm.com.ar/imgstore/GISELA%20UNTOIGLICH.pdf>
- Urribarri, R. (2008). Planteando la latencia. En *Estructuración psíquica y subjetivación del niño de escolaridad primaria* (pp. 93-108). Buenos Aires: Noveduc.
- Winnicott, D. (1972). Objetos transicionales y fenómenos transicionales. En *Realidad y Juego* (pp. 17-45). Barcelona: Gedisa.

Winnicott, D. (1979). Preocupación maternal primaria. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona: Laia.

Winnicott, D. (1984). *La familia y el desarrollo del individuo*. (3ª ed.). Buenos Aires: Hormé.